

bliotecas: en las públicas se cuentan cerca de cinco millones de volúmenes. Casi todas las ciudades de esta gran Nación poseen cuando ménos una biblioteca. ¡Qué espectáculo tan hermoso para un pueblo! Por todas partes, pues, se elevan esos brillantes monumentos de la civilización para la civilización; por todas partes se levantan estos baluartes de paz para combatir la ignorancia y las preocupaciones; por todas partes se levantan esos insuperables diques al retroceso que procura levantarse. General es la aspiración al adelanto. Aplaudamos con todo nuestro entusiasmo el celo de las naciones que, teniendo á honra su cultura, acumulan tantos elementos de instrucción para sus hijos. Honor á los gobiernos que, avergonzándose de dirigir á los hombres autómatas, y deseando la satisfacción de gobernar á hombres inteligentes, quieren que el artesano lea, que el soldado lea, que el campesino lea. Bendición á las sociedades modernas que, ansiosas de perfección y de progreso, llevan las luces hasta el fondo de las más humildes y remotas aldeas. Gloria, en fin, á los pueblos que, no contentos con los medios instructivos de hoy, arrancan á los despojos de los siglos y á las tinieblas del pasado, nuevos instrumentos de ilustración sepultados en las ruinas y en el misterio, como Italia ha sacado de las cenizas de Herculano obras interesantes de Epicuro, de Polítrato, de Filodemo y de Tito-Livio, y otras

que descifrará, gracias al ingenio de Pioggi; y como los rusos que han descubierto en la Tartaria una biblioteca de los kalmucos con que han enriquecido los archivos de la civilización

VI

México también ha tenido y tiene sus bibliotecas. No podía ser de otra manera: el pueblo que tuvo reyes legisladores y reyes poetas; el pueblo que tuvo héroes como los de Homero, y bardos que inmortalizasen sus hazañas; el pueblo que midió el tiempo y observó los astros con más sabiduría que los caldeos; el pueblo que levantó pirámides tan grandiosas como las de Egipto; el pueblo que cultivó las artes antes que la misma Europa, artes cuya perfección admiran, sin poderla imitar, las naciones del viejo continente, no pudo menos que tener archivos que guardasen sus recuerdos históricos. Los toltecas nos legaron sus anales en el maguey y en la corteza de otros árboles; y si las memorias de los aztecas no fueron escritas con los caracteres de Cadmo, sus pinturas geroglíficas hablaban bastante al pensamiento para ser bien comprendidas. Uxmal, el Palenque y otras célebres ruinas

de Anáhuac conservan la civilización de aquellas razas en preciosos monólitos, libros de piedra que atestiguarán por muchos siglos la cultura de nuestros antepasados. Vinieron los europeos y muchos de esos monumentos fueron destruidos. Si esta hermosa y rica parte de América no hubiera sido descubierta cuando el fanatismo de la época dominaba el espíritu de los descubridores; si no hubiera sido conquistada cuando el intolerante y ciego cristianismo dictaba todos los sentimientos, condenando los que no eran inspirados por la religión; si no hubiera sido oprimida cuando las nuevas verdades eran blasfemias, los descubrimientos herejías, y un crimen pensar en las cosas de la tierra, hoy poseeríamos muchas de aquellas espléndidas colecciones que rivalizarían con las primeras del mundo. Durante el vireinato todos los conventos tuvieron sus bibliotecas; pero ellas no se abrían más que a los religiosos, confinándose el saber en el profundo silencio de los claustros. Las primeras bibliotecas públicas fueron las de los colegios, y aunque empezadas a formar durante el período colonial, adquirieron su mayor riqueza en la época de la Independencia. La de San Juan de Letrán llegó a tener 12 mil 160 volúmenes; la de San Gregorio, 5,461; la de San Ildefonso, 8,360; la de la Universidad, 9,000, y la de la Catedral 12,295. Si muchos de esos colegios se han suprimido y los conventos han sido derribados hoy, el

Gobierno general se ocupa eficazmente en establecer en la antigua iglesia de San Agustín una biblioteca nacional, que corresponderá, no lo dudamos, a nuestro grado de cultura, haciendo ver que también nosotros marchamos con el siglo y sabemos procurar nuestro engrandecimiento. La Sociedad de Geografía y Estadística ha fundado una biblioteca, y la compañía Lancastriana ha hecho otro tanto. Los Estados procuran imitar a la capital: Guadalajara tiene la suya con 70,000 volúmenes, y la de Puebla es magnífica. Campeche, comprendiendo la utilidad trascendental de esta clase de establecimientos, ha fundado también en su Instituto una que no ha mucho ha sido abierta al público. Esta biblioteca no cuenta por ahora más que con 1,134 volúmenes; pero ¿qué extraño es que un nuevo Estado de una República naciente ofrezca a sus hijos una biblioteca poco numerosa, cuando en 1330 la reina Clemencia de Hungría fundó una que entonces era grande, y apenas contenía 40 obras? ¿Qué extraño es que un lugar pequeño y casi olvidado del globo, abra su biblioteca con 1,134 volúmenes, cuando en Inglaterra, en el siglo XV, época no muy retirada para esta gran nación, la mayor biblioteca era la del duque de Gloucester, y solo contenía 129 volúmenes? Por otra parte, ¿está por ventura exclusivamente reservado a las grandes capitales y las ciudades populosas tener bibliotecas? ¿Tibur

pueblos con sus leyendas, legislaciones y costumbres. Allí puede conversar con todas las generaciones, aprender con todos los sabios, discutir con todos los filósofos. Allí puede oír á todos los poetas, escuchar á todos los oradores, disfrutar con todos los ingenios. Allí puede contemplar todas las revoluciones, asistir á todos los combates, presenciar todas las asambleas. Desde allí puede lanzarse al espacio infinito de los cielos; y extasiarse en sus maravillas; penetrar en el seno de los mares y admirar sus grandezas; recorrer la superficie y las entrañas de la tierra, y considerar absorto sus producciones. Allí, donde bajo el mismo techo las generaciones se abrazan, los pueblos se unen y los hombres se estrechan; donde desaparecen las rivalidades, se extinguen los odios y cesan los antagonismos; allí donde se funden los partidos, se concilian las sectas y se toleran las religiones; donde Roma se encuentra junto á Cartago, César junto á Pompeyo, los güelfos junto á los gibelinos; donde la Biblia se halla junto al Coran, los protestantes junto á los católicos, la República junto al Imperio; allí, decimos, con tantos ejemplos de armonía pueden los hombres aprender la fraternidad que no poseen, de que tanto hablan y de que tanto necesitan; allí es donde, con el desenvolvimiento de la razón, llegando á comprender sus derechos, dejarán de ser los unos víctimas y ludibrio de los otros, y la igualdad no

será más una fatal mentira. Persuadámonos de una vez: la ilustración será siempre la única garantía segura de los ciudadanos, y el solo lazo estrecho y cordial de los pueblos. El ciego es fácilmente engañado y el ignorante fácilmente oprimido. ¡Y cuántas otras ventajas, cuántos otros beneficios, cuántos otros tesoros encierra la instrucción! Sobre la entrada de la biblioteca de Osimandías se leían estas palabras: *Remedios del alma*: ninguna inscripción fué mejor colocada; jamás el objeto de una biblioteca fué mejor comprendido. ¿Habrá quien niegue que los buenos libros dulcifican las penas, alientan las esperanzas y reaniman las ilusiones? ¿Quién no se ha consolado con un libro de la injusticia de los hombres, de la ingratitud de un hermano, de la pérdida de una fortuna? Varron, borrado de la lista de proscripción, consoló sus angustias pasando entre sus libros los últimos años de su existencia. “Un libro es un buen amigo”, ha dicho Bernardin de Saint-Pierre; y ha dicho bien. Un libro es el mejor compañero que se puede encontrar. Este amigo nos da un consejo cuando lo necesitamos, un consuelo cuando se lo pedimos, una alegría cuando se la demandamos. Este amigo no cansa nunca, no fastidia nunca, no traiciona nunca. Por eso escribía Ciceron á Atico, á propósito de una colección de libros que le habían regalado: “Si me quereis, cuidado de que ninguno se pierda, y enviádmelos todos,

pues no podeis proporcionarme mayor placer. Cuidad bien de los libros griegos, y más aun de los latinos, y os lo agradeceré como si el regalo viniera de vos mismo." Por eso San Agustín, próximo á morir, recomendaba que se tuviese mucho cuidado en conservar á los venideros la biblioteca de la Iglesia de Hipona. Después de las fatigas del trabajo, un libro es el descanso más saludable y menos peligroso que se puede tener; es el sosiego más dulce, más útil y menos costoso que se puede buscar. Alejandro el Grande llevaba siempre consigo las obras de Homero, para amenizar las penalidades de sus expediciones y distraer las fatigas de sus batallas. ¿Y qué enfermedad más terrible que la ignorancia puede padecer el espíritu? ¿Qué enfermedad más repugnante que el vicio puede padecer el corazón? Que la humanidad se apresure, pues, á buscar en las bibliotecas la curación de estos vergonzosos males: en estos hospicios del alma, en estos hospitales del corazón, hallará los remedios más puros y más heroicos contra semejantes afecciones. Allí puede aprender á conocerse á sí mismo y á conocer á los demás; allí puede encontrar el hilo de Ariadna para conducir sus pasos en el tenebroso laberinto del mundo; allí puede prepararse esa vida interior que sin instrucción no es posible tener. El espíritu vacío es un espíritu sin goces que vive en las tinieblas. El hombre ignorante no tiene más luz que

la del sol; sin esta es un buho de la humanidad. Allí tiene tambien el corazón su pábulo: con la lectura se suavizan las costumbres; se enderezan las inclinaciones y se refrenan los arrebatos. Los pueblos salvajes son únicamente los feroces; los antropófagos son únicamente los incultos. Con la lectura se llega á conocer á los hombres cuyas virtudes debemos imitar; por ella se conoce el premio de la buena conducta y las ventajas de la honradez, el castigo de la perversidad y las desventajas de la corrupción. ¡Cuántas veces un libro habrá hecho un héroe de quien no había nacido para tal! ¡Cuántas veces habrá vuelto bueno al que yacía ennegado en el crimen! ¡Cuántas veces habrá tornado útil al que era pernicioso en la sociedad! Plutarco, el libro predilecto de Napoleón, quizá contribuyó á hacer de este hombre un genio. Además: perfeccionarnos es nuestro deber, y no hay perfeccionamiento sin ilustración. ¿Y qué cosa más interesante que saber lo que han hecho nuestros antecesores, lo que han inventado nuestros abuelos, lo que han producido nuestros padres? ¿Qué cosa más hermosa que saber cómo los hombres han marchado de la tienda hasta el palacio, de la incomunicación hasta el telégrafo, de la piragua hasta el buque de vapor? ¿Qué cosa más agradable que saber cómo, estudiando nuestra economía, hemos llegado de Erasistrato hasta Sappey, de Erófilo

hasta Claudio-Bernard, de Hipócrates hasta Trousseau? ¿Qué cosa más deliciosa que saber cómo la humanidad, estudiando la naturaleza, ha venido de Aristóteles hasta Milne Edwards, de Cratévas hasta Jussieu, de Geber hasta Regnault? Pues bien, la biblioteca todo nos lo puede enseñar.

VIII

Como se vé, numerosos son los beneficios de las bibliotecas, cuya influencia civilizadora es innegable; y sin embargo, no han faltado genios maléficos que las hayan combatido, como otros tantos devas enemigos de la claridad y de la perfección. Pero nada detiene la marcha del Progreso. Para la civilización no hay obstáculos invencibles, ni contratiempos que la apaguen. Los combates son para su triunfo, y los choques para su mayor brillantez. La civilización es como el fénix que renace más robusto de sus cenizas: miéntras más se le ahoga más respira; las barricadas no estorban, sino allanan su camino; la sangre, en lugar de matarla

la alienta; la opresión lejos de retardarla, la impulsa; cuanto se hace para impedir su desarrollo, la fomenta. A su calor germinan las ideas, á su soplo se desvanecen las preocupaciones, á sus rayos se disipa el error. Oponérsele es oponerse al magnetismo que sujeta, al vapor que arrastra, á la electricidad que pulveriza. Nunca serían bastantes las tinieblas para eclipsarla, porque hay una Providencia que vela por sus resplandores: Ormuzd nunca será vencido por Ahriman. En vano se destruyen sus obras si persiste su espíritu creador, y este persistirá mientras quede en el mundo un cerebro que lo abrigue. Por eso en vano Omar calentó los baños de Alejandría con la biblioteca de esta célebre ciudad; en vano los mogoles formaron con la biblioteca de Méfis un dique en el Tigris; en vano el fanatismo quemó los libros contra los cristianos, y nos privó para siempre de las obras de Plotino, de Jámblico, de Celso, de Libanius; en vano Zumárraga, de odioso recuerdo, quemó riquísimos documentos de nuestros fastos; en vano Landa, de funesta memoria también, destruyó datos preciosos de la historia de nuestra Península; en vano los conquistadores incendiaron las bibliotecas de Tenochtitlan y de Tezcuco, é hicieron desaparecer los archivos de los mayas y de los mixtecas; en vano el Santo Oficio condenaba los libros que abrían más anchos horizontes á la inteligencia; en vano los papas anatema-

zaban las obras que combatían la teocracia; en vano la Inquisición obligó á Galileo á retractarse, como si una abjuración pudiera destruir una verdad, y como si la amenaza pudiera inmovilizar la tierra y hacer girar al sol; en vano Ascoli fué condenado á la terrible hoguera, y Abano sucumbió en un prisión inquisitorial; la civilización triunfante siempre, continuaba incontrastable su carrera. La luz se hace hoy por todas partes. Hoy todos leen, todos se instruyen. El saber no es ya el privilegio exclusivo de un pequeño círculo que mantiene á los demás en la ignorancia para explotarlos y oprimirlos; la ciencia no es ya el patrimonio de una casta sacerdotal que la rodea de misterio, para presentarse como una raza de elegidos. Se acabó el secreto; se han acabado los milagros. Los magos han perdido su prestigio; los hechiceros no encuentran incautos que engañar; los ignorantes no hallan inocentes que seducir. Los oráculos han cerrado sus templos, y las pitonisas, consumiéndose en su propio entusiasmo, no atraen crédulos al rededor de su trípode. La astrología no pide el hado á las estrellas; la quiromancia no encuentra manos para adivinar el horóscopo; la alquimia no persigue ya la piedra filosofal. Los sueños enmudecen; vuelan las aves, y nadie se preocupa de su vuelo; nadie interroga las entrañas de las víctimas para pronosticar el porvenir. Nadie acepta la buena ventura; nadie consulta á los arúspices

nadie cree en la fatalidad. Los filtros no contienen las esperanzas; los amuletos no libran del dolor; los talismanes han perdido su virtud. El sortilegio es una farsa ridícula; el encantamiento es una estupidez; el exorcismo es una irrisión. La insensibilidad ya no es un pacto con Satan. Ni el fuego ni el agua revelan la inocencia, sino la sabia ley que descubre al culpable. Todas estas creencias que deshonraban la razón han sido vencidas, y al libro pertenece la victoria. Pero todavía quedan muchas verdades que conquistar, muchas supersticiones que destruir, muchos males que remediar. *Esto matará aquello. El libro matará al edificio*, ha dicho Victor Hugo; y el libro está, en efecto, derribando la basílica, demoliendo el palacio, es decir, anonadando el absolutismo y la tiranía, y conquistando la democracia y la libertad del pensamiento. Pero aún le queda por aniquilar un monstruo que alimentamos con nuestra carne y con nuestra sangre; le queda aún por destruir un azote que devasta al mundo: la guerra. ¿Qué significan esas luchas encarnizadas en que los hombres se despedazan como no se despedazan las fieras? ¿Qué significan esos palenques regados de víctimas, cuyo solo pensamiento nos espanta? ¿Por qué tantos afanes en mantener las vidas que se sacrifican sin piedad? ¿Qué inconsecuencias son esas del corazón humano? Val-de-Grâce y una ametralladora son un contrasentido. Conservar pa-

ra destruir es una aberración. ¿Es posible que los hombres se ocupen constantemente en matarse? ¿Es posible que nuestra curiosidad esté siempre entretenida con el relato de horrosas contiendas? Aun no se había disipado el humo de las batallas de Crimea, cuando ya retumbaba el cañon en Solferino y en Magenta; la paz de Villafranca no se firmaba todavía, cuando los españoles se precipitaban sobre Tetuan; el Africa escuchaba aún los alaridos de los últimos combatientes cuando la República de Washington se envolvía en una guerra formidable; ésta no había terminado, cuando en México se encendía otra no ménos sangrienta y terrible; el eco de la última descarga del Cerro de las Campanas no se había apagado en los bosques de Querétaro, cuando Francia y Prusia se empeñaban en una tremenda lucha. ¿Con qué ojos puede contemplar la humanidad los doscientos mil muertos, los trescientos mil heridos y los millones de arruinados y de afligidos que ha dejado esta guerra colosal? Cien mil cadáveres sobre el Rhin son un inmenso asesinato de los pueblos, un inmenso crimen de los pueblos contra la fraternidad universal. La historia de las naciones es una historia de guerras sin fin. ¿Qué es esto? ¿Hemos nacido para vivir en eterna discordia? Que los hombres illustren mejor su espíritu, para dirigir mejor su voluntad: que antes de luchar por tal ó cual principio, por

tal ó cual sistema de gobierno, luchan por el predominio de la razón, para que esta dirima las diferencias y declare la justicia: la Noocracia debe ser el único imperio en el mundo. Que los Moltke y los Trochu cedan el puesto á los Payen y á los Figuiet; que los Chassepot y los Armstrong sean reemplazados por los Asselin y los Hachette. Y cuando las armerías se conviertan en bibliotecas, los cuarteles en universidades y los bastiones en escuelas; cuando el Campo de Marte sea el Campo de Minerva, y la arena de los combates, la arena de los Juegos Olímpicos; cuando la Sorbona absorva á San Ciro, y Grignon á Metz; cuando Dreyss y Krup desaparezcan ante los Estienne y Elzevir, la civilización entonces habrá dado su más gigantesco paso y las bibliotecas habrán conseguido su más hermoso triunfo. Los libros gobiernan al mundo, ha dicho Voltaire: cúmplase el pensamiento del filósofo, porque nada lo puede gobernar mejor.